

DEL MOMENTO

Plum: más autorizado, podría llevar un rollo de papel continuo, haciendo un análisis del momento actual, en todas sus facies, pero no es este nuestro propósito, aunque no queramos decir con ello, que nos consideremos competentes para este estudio.

Solo hemos de tocar una tecla, la fuerza arrasadora en la juventud, a la que no ponen freno las personas de más edad.

Aún cuando el fenómeno tiene lugar en todos los órdenes de la vida de relación, hemos de referirnos al campo político social.

Sin citar nombres, pues nuestras fines no son obra de crítica, sino de observación, nos permitimos afirmar que España se desenvuelve hoy merced a los impulsos de la juventud, en unos sectores dando plenos poderes a jóvenes, que realizarían una obra admirable, poniendo su talento y actividades a las órdenes de varones expertos, de edad madura, en otros sectores, aun que sean dirigidos por nombres de cierta edad, para conservar su hegemonía, se dejan llevar por las inexperiencias de los jóvenes y como es más fácil buscar adeptos, halagando las pasiones, que conteniendo ímpetus, se puede asegurar que nuestra nación en el momento actual revolucionario está gobernada por la juventud, que sin ánimo de zaherirla ni deseos de molestarla, podemos asegurar está carente de la experiencia para gobernar y resolver todos los problemas de carácter social y económico, que la revolución trae consigo.

Un motivo de ratificación de nuestro juicio, es la constante disensión que reina en todos los partidos, entre los dirigentes del grupo y los dirigentes de las juventudes.

Sin insistir en la falta de experiencia, clave principal del error, la vehemencia, el creer que falta tiempo para el desarrollo del programa y la realización de las aspiraciones, etcétera, etc. dan lugar a que se imprima una marcha aceleradísima, a la resolución del problema, que da lugar a quebrantar la Constitución y las leyes para llevarla a cabo, de un modo constante y arbitrario, contrapuesto en todo a los ideales democráticos.

Frente a esta clase destaca otra tan fuera de la ley como su antípoda y si las personas sensatas, aunaran la actuación de esta «Partida de la Porra», llamémosla así, es indudable que todo sentir sensato, equilibrado, ha de ver con poco agrado, que el porvenir de España haya de estar a merced de dos juventudes que actúan fuera de la ley.

De deserciones no hablemos, desertó del cumplimiento de su deber la mayoría de los españoles, lo prueba el llamamiento de Maura a la masa neutra; desertó el titular de la magistratura más elevada de la nación, confiando a una dictadura los destinos de la Patria; desertan los que cruzan la frontera, aun cuando obren bajo la presión del «miedo insuperable» y desertan hoy electores y elegidos, que a un contratiempo aun cuando sea grave, pretenden no ejercitar sus derechos ni cumplir sus deberes.

¿Es la falta de acatamiento a las leyes, lo que determina las anteriores actitudes?

Si es así, todos y cada uno debemos hacer cuanto sea necesario, para que todos cumplan las leyes.

Humorismo Español

Un negocio a la moderna

Pantaleón Hector Hirpinks, había nacido en Cuenca. Había nacido en Cuenca, de padre gaditano y madre santanderina. Pero el abuelo de Pantaleón Héctor Hirpinks, vió la luz del sol por primera vez, a los cinco meses de edad, en una casa de Wall Street. La niebla londinense que ensombreció las primeras veintitantas semanas de la vida del buen caballero, había sido legada, como el apellido británico, al joven Pantaleón Héctor, que se vió en Cuenca, a los veinte años de edad, con una sola libra en el bolsillo.

La libra que tenía en el bolsillo, en su ciudad nativa, el desgraciado mancebo, era de chocolate. De infecto chocolate que acababa de expropiar al tendero de la esquina. Sentía hambre el expropiador, pero eran más fuertes que los gritos del estómago, las llamadas al orden de la conciencia. Llevaba dos días sin probar bocado, pero la conciencia no autorizaba a deglutir el objeto de la expropiación. Desde el fondo del alma, llegaba el mandato honrado de la subconciencia:

—No debes comer ese chocolate que acabas de robar. Va a hacerte daño, a producirte una irritación espantosa. Es preciso que lo acompañes con una buena ración de pan...

Obediente a los consejos de su honradez, Pantaleón Héctor Hirpinks tomó rumbo a la más cercana panadería si bien iba pensando por el camino:

—Ahora ocurrirá lo de siempre: me verán robar el panecillo, y será perseguido como un perro rabioso, acaso por las mismas gentes que esta mañana han aplaudido a Isaac, el banquero, que ese sí que es un ladrón. Pero él roba millones mientras yo robo mendrugos, y por eso nadie le lapida.

Tomó el hambriento el panecillo y, extrañamente, nadie le vió. Notoriamente defraudado, iba a hincar el diente a sus provisiones, cuando Isaac el banquero, en cuerpo y alma, por poco si tropieza con él.

—¿Para una vez que salgo a piel... rezongo el potentado, añadiendo, al darse cuenta del plan en que Pantaleón Héctor se encontraba:

—¿No le dá a usted vergüenza comer en la calle? ¿No puede usted esperar a hacerlo en su casa?

—Moriría antes de llegar a ella, señor.

—¿Tan lejos vive o tanta hambre tiene?

—No, señor; es que tengo hambre, pero no tengo casa.

—Pues alquila una.

—Carezco de dinero para alquilar una. No tengo un sólo céntimo.

—Pues bien come usted pan y chocolate...

El nieto del Hirpinks, se ruborizó, a tiempo que emitía esta mentira venial:

—Me lo han dado de limosna.

—De limosna... Y cuando vuelva a tener hambre, que va a hacer, ¿pedir limosna otra vez?

—Claro.

—No acabará nunca, entonces, y cada día conseguirá menos. Yo tengo apellido israelita, a mucha honra, pero me cargan los judíos y, sobre todo, los cuantos judíos. Yo soy capaz de plantear todos los negocios a la moderna, gastando en ellos el dinero que sea preciso.

—No comprendo...

—Si, hombre. Quiero decir, que estoy dispuesto a ayudarle.

—¡Ay, noble señor! ¿Va usted a darme un destino en su casa de banca? Crea que con una placita de ordenanza me conformo. Claro que sería mejor la

de cajero, pero carezco de ambiciones.

—Carece usted de ambiciones, y de sentido de la realidad. Usted tiene actitudes de mendigo y sería absurdo que yo, entusiasta de la orientación profesional y de la organización científica del trabajo, le colocase en mi casa. Al decir que iba a protegerle quise expresar que me proponía ponerle en condiciones de pedir limosna con las mayores garantías de éxito.

Palideció ahora Pantaleón Héctor Hirpinks, a tiempo que preguntaba, en un suspiro:

—Indudablemente, será preciso que me rompa una pierna o que me prive de algún brazo...

—Todo lo contrario. Los pobres liados, los mendigos harapientos, han perjudicado en todos los tiempos el gran negocio que la mendicidad puede ser, explotada conscientemente. ¿Usted sabe por qué los gobernadores civiles ordenan alguna que otra vez la recogida de los pobres y su traslado en tercera a los pueblos de su naturaleza?

—¿De la naturaleza de quién?

—De la naturaleza de los pobres; no sea usted insensato, y no me interrumpa. ¿Usted, decía, sabe por qué los pobres son retirados de la vía pública?

—Por que son pobres.

—No porque sean pobres. Porque no visten bien, huelen mal, no llevan goma en el pelo los varones, ni «rouge» en los labios las señoras, ni pantalones de «golf» los niños.

—¡Claro, para eso son pobres!

—Y lo serán toda la vida. ¿Usted cree que a un pobre que llevara unos bonitos botines color ceniza, su buen reloj de oro y su pechera planchada, iba a mandarle a su casa ningún gobernador? ¿De dónde!

—Claro, claro... Puestas así las cosas...

—Bueno, pues eso es lo que yo quiero hacer de usted: un pobre a la moderna. Voy a ponerle a usted un puesto de pedir limosna.

—¿No sería mejor que me pusiera usted un estanco?

Isaac, el banquero, miró despectivo a su protegido, mientras le azotaba el rostro con esta sospecha:

—Me parece que usted, en una encarnación anterior, ha sido viuda de un jefe de negociado...

—Yo le aseguro, don Isaac...

—No me asegure usted nada. Estoy decidido a ponerle el puesto de pedir limosna, y si usted lo rehusa, no han de faltarme candidatos.

—No, no; desde luego, lo acepto.

—Pues no hay más que hablar. Limpíese que está de chocolate, y venga conmigo.

Lo tomó del brazo y, camino de su suntuosa morada, le iba explicando:

—Usted tiene una visión equivocada de lo que en 1936 debe ser un puesto de pedir limosna. Naturalmente. Habrá oído tantas veces eso de «¡voy a poner un puesto de pedir limosna!», a los desesperados, a los fracasados en los negocios... Seguramente está convencido de que un puesto de pedir limosna es algo así como una negra hornilla, cubierta con un saco, en una esquina, donde cada invierno obsequia con una pulmonía a una anciana mujer de pañuelo a la cabeza.

—Eso es una castañera, don Isaac...

—Pero no me lo niegue; ¿verdad que imagina los puestos de pedir limosna, tan tristes, tan miserables como los puestos de castañas?

Incapaz de contradecirle, cuando llegaban al portal de don Isaac, Pan-

taleón Héctor Hirpinks iba masculando:

—Evidente, evidente...

El puesto de pedir limosna, quedó instalado, no en Cuenca, sino en Madrid, y en sitio tan populoso como la Red de San Luis, junto a Hortaleza. Se instaló a todo lujo, con muchos cristales, muchos níqueles, luz indirecta, muebles de tubo, gramo'a, cajas registradoras y unas depedientas con cofias, que parecían chicas de las revistas de la Celia Gámez, de guapas y «así» que eran.

Desde el primer momento, la afluencia de favorecedores fué enorme. Y, para corresponder al éxito, se estableció «un día del mes todo gratis». Es decir, que por sorteo se señalaba todos los meses un día del mes anterior y se devolvían todas las limosnas recibidas en aquél. Luego se hizo una «quincena blanca», durante la cual sólo se admitían monedas de plata; la «semana del duro», cuyo era el único tipo de limosna admitido; y, por último, una gran «quemada de retales», consistente en repartir entre las señoras que daban limosna, las perras «de la perla» que se habían ido reuniendo.

Todo fué muy bien durante algún tiempo. Pantaleón Héctor Hirpinks llegó a tener tres automóviles, cuatro secretarios, doce mecanógrafas y un hotelito en la sierra, con una señorita muy elegante dentro. Pero de la noche a la mañana, la suerte le volvió la espalda: desde aquel día en que los pobres de las Calatravas comenzaron a dar globitos a los niños de los compradores; vamos, de los compradores, de la gente que les daba limosna, claro...

Domingo de FUENMAYOR

CANCION DEL PEINECITO

I
De la frente de la Aurora
una concha se ha caído;
las espumas de una fuente
en su malla la han prendido;
las espumas de la fuente
van a hacer un peinecito.

Glu-glú, glu-glú
¡Qué contentas están!...
Glu-glú, glu-glú
¡Qué bonito será!
Glu-glú, glu-glú, glu-glú.

II
Ya lograron las espumas
coronar aquel capricho.
En los flecos de una estrella
los buriles han tenido.
En el punto más pequeño
han labrado un laberinto!

Glu-glú, glu-glú
¡Qué contentas están!
Glu-glú, glu-glú
¡No se vió cosa igual!
Glu-glú, glu-glú, glu-glú.

III
Las espumas se preguntan
quién merece tal prodigio;
la Justicia les responde
que la dueña de tus rizos,
y la Brisa te lo entrega
en el cuenco de un suspiro.

Glu-glú, glu-glú
¡Qué contentas están!
Glu-glú, glu-glú
¡Qué bonitas te ven
cuando tú has ido a verte en su lim-
(ojo cristal.
Glu-glú glu-glú, glu-glú.

Eloy Muñoz MARTI

SALPICADURAS

“CADA COSA, SU HORA”

En Renania, con el beneplácito de los indígenas, ha situado Alemania 248 000 soldados.

Italia ha forjado un presupuesto de guerra que se aproxima a los 5000 millones de liras.

Francia pagó a Alemania en 1870 5000 millones de francos y creía el mundo entero, que esa cifra no tendría pareja en la historia.

Visitad a don Alvaro de Figueroa y Torres, a las diez de la noche y nuestro modesto taxímetro, pasará sin obstáculo las verjas de su hotel y al segundo, un ayuda de cámara, os llevará a su presencia.

Los magnates del mundo entero, tienen a esa hora, cerradas sus moradas a «piedra y lodo».

Por algo dicen, incluso los periódicos de Izquierda: «En España, después de proclamada la República, sólo queda un conde, «El Conde de Romanones».

¡¡Aún hay Patriarcas!!

Dicen, y hay quien lo cree, que las derechas perturban el orden y queman las Iglesias.

¡¡Cosas veredes!..

El jefe no se equivoca, se decía en la 1.ª quincena de Febrero. Después dijo Portela: estas elecciones han sido iconoclastas.

«Se acabó el Jefazo».

«La Revolución desde arriba»: Dijo aquel hombre que muchos oyeron y pocos quisieron comprender.

Hoy, que la revolución viene desde abajo, se acordarán desde el dilecto desterrado en Fonteneblau al modesto burgués del Burgo podrído, pasando por el millonario y ultramillonario, ateneístas y académicos, del espíritu liberal encarnado en el modesto ciudadano e ilustre abogado, que se llamó Antonio Maura, que no se doblegó en las antesalas cortesanas ni halagó a las masas. Cualquiera demanda contraria a la ley era replicada: «Eso es saltarse a la torera la Constitución».

A todo ciudadano equilibrado repugnan los extremismos, pero si hay locos que perturban el orden e incendian los templos, no es un exabrupto ciudadano tolerar a otros locos, que dan leña, aunque se llamen fascistas.

¡¡En un término medio está la virtud!!

Ante las elecciones municipales

Próxima la fecha en que han de celebrarse no se nota ese movimiento peculiar de las grandes contiendas electorales. Sí vemos que el Frente Popular se presentará perfectamente unido con una sola lista, aun cuando los nombres que han de figurar en ella no se han hecho públicos. Suponemos que el frente opuesto llamado de derechas, desechando actitudes suicidas, hará lo propio, formando una candidatura en la que no figure ningún nombre de la clase que se ha opuesto siempre a ciertas reformas tributarias, con daño de los intereses del pueblo. Por lo pronto sabemos se presentará, con carácter tradicionalista, el cronista de Valdepeñas, don Eusebio Vaseo, por habérselo oído al interesado.